

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

19



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1978

... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...  
... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...  
... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...

Carvajal, en su calidad de...  
... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...

Don Luis de Velasco II... un soldado que había hecho oficio de Tesorero de V. M. en aquella tierra, con el gobernador Luis de Carvajal, que se llama Gaspar Martínez de Cárdenas, hidalgo y de buena intención y connoto de la gente que por allí anda...

Fue Tesorero del Nuevo Reino de León antes de Diego de Montemayor.

Don Juan de Portugal... soldado, natural de México, hijo de don Hernando de Portugal y doña Magdalena Nuño de Villegas. El 3 de agosto de 1576 don Hernando de Portugal era un rico minero en las minas de Zacualpa.

... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...  
... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...

### RETIRADA DE HERNÁN CORTÉS A LA MUERTE DE MOCTEZUMA

... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...  
... Juan de Portugal en un well equipped soldier of the Portuguese army...  
... Este es el caso de Juan de Portugal...

Hasta aquí ROQUE BARCIA  
Diccionario de Sinónimos  
CARLOS R. CANTÚ CANTÚ  
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,  
Geografía y Estadística

NUESTRO LEMA NO ES ni conminación ni amenaza, es una norma que encierra un propósito a que deben sujetarse todos los que escriben Historia.

Los que leemos Historia por placer ("La Historia es la maestra de la vida") o por necesidad como los que se dedican a enseñarla, tropezamos a veces con problemas: es imposible conservar la imparcialidad y en ocasiones impera la pasión; a veces se omite, como por descuido, un dato útil, clave del asunto o se deja anotada una duda sutil que se antoja deliberada; que la historia la escriben los vencedores es una verdad conocida desde los tiempos antiguos; que hay escritores a sueldo es también cierto; pero mantener una duda o urdir una trama por gala de dialéctica es siempre reprochable.

En el hecho que vamos a tratar de recordar, que se efectuó hace cuatro siglos y medio, ayer apenas en el devenir del tiempo, hay todavía muchos

puntos oscuros y por demás está decirlo, no seré yo el llamado a resolverlos, sin embargo entro en él con los mejores deseos.

Hernán Cortés se presentó en el Valle de México en plan de conquistador; no le valieron al Gran Moctezuma Xocoyotzin, Rey de México Tenochtitlan, pretextos protocolarios ni argucias divinas para detenerlo: los valiosos regalos de oro, pedrerías y plumas finas (signos indudables de tácito vasallaje) no habían logrado sino excitarlo más en su empeño y reforzar la codicia y la audacia del temerario capitán, que con un puñado de hombres, menos de cuatrocientos, había penetrado hasta el corazón de las tierras soguzgadas por los aztecas.

“¿Qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?” Esto dijo Bernal Díaz del Castillo como en 1568. ¿Dijo la verdad?

“Uichilobos les aconsejó que los dejen entrar, y desde que entreis en México que allí os matarán” les decían los de Huejotzinco a Cortés, y Don Hernando invitó a veinte nobles a acompañarlo. . . “No tenían los mexicanos ni otras ningunas naciones poder de matarnos, salvo nuestro Señor Dios.”

Antes de llegar a Iztapalapa recibió Cortés la última embajada: Camatzin, culto y valiente Rey de Texcoco, sobrino del Gran Tlatoani tenochca, le prometió que si se devolvía a su país, México-Tenochtitlan pagaría tributo; a su negativa le ofreció la bienvenida.

El intrépido Capitán entró a la ciudad rodeado de sus soldados armados en pie de lucha. (Estamos a 8 de diciembre de 1519.)

Cuitláhuac, señor de Iztapalapa y hermano de Moctezuma, y otros grandes señores se adelantaron para encontrar al Emperador; la calzada era amplia y tenía de trecho en trecho cortaduras y puentes; ya en la ciudad llegaron hasta Huitzillan (junto a los colibríes) y esperaron. A poco llegó Moctezuma y después de los saludos de rigor éste puso al cuello de Cortés un collar de oro y piedras finas y regaló a los capitanes españoles sartaes de flores hermosas y de suaves aromas.

Cortés puso a Moctezuma otro collar y luego, sorprendido, habló:

—¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿En verdad, que eres tú Moctezuma?

—Sí, yo soy Moctezuma.

Luego el Gran Tlatoani, se irguió, inclinó la cabeza cuanto pudo y dijo:

—Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio; ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad, México. Allí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. ¡Oh! Por tiempo breve te lo reservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos. . . , etc., etc. . .

(Moctezuma, profundamente religioso, tomaba a Hernán Cortés por el Dios Quetzalcóatl que, de acuerdo con las profecías, volvería de oriente a reclamar su trono.)

Cortés, por boca de Malintzin, contestó:

—Tenga confianza Moctezuma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos.

En seguida caminaron hacia Palacio. Según unos, Moctezuma a su casa donde fue apresado a los cuatro días; según otros (lo más probable), Moctezuma y Cortés caminaron cogidos de la mano hasta el viejo Palacio de su padre Axayácatl, alojamiento destinado para los españoles; lo acompañaban: Cacamatzin, Rey de Texcoco; Tetelepanquetzaltzin, Rey de Tlacoapan; Itzcuahtzin, Gobernador de Tlatelolco; Tepantemoctzin, Mayordomo, y un grupo de altos oficiales del ejército azteca.

Don Hernando retuvo sólo a Moctezuma y a Itzcuahtzin y. . . , de repente tronó el cañón. . .

La confusión y el espanto se apoderó de todos. ¡Los aztecas huyeron a la desbandada abandonando a su señor!

La ciudad quedó desierta.

Marina pidió de comer para todos y útiles para prepararla. Los indios la trajeron medrosos y huían.

A los pocos días comienza la opresión del Rey. Sus ayudantes huyen o lo obedecen con disgusto, pero nada falta. En la ciudad se comenta que el Rey está preso.

Dentro del Palacio comienza el saqueo: Los españoles recogen todo el oro que encuentran; registran todos los rincones, preguntan por el tesoro y los conducen a Teucalco: Allí hay riquísimos objetos de oro y plumas y pedrerías; se apoderan de todo, lo destrozan y se quedan sólo con el oro, dejan las plumas a los tlaxcaltecas. Hacen lo mismo en Totocalco (La Casa de las Aves), en donde están las cosas personales de Moctezuma.

Cacama, que fue el que aconsejó que se recibiera a Cortés como Embajador del Rey de España, vocifera en Texcoco, dice que su tío "es la mujer de los españoles".

Cortés pide a Moctezuma que lo llame y Cacamatzin, que no quiere obedecer, es secuestrado y traído preso a México. En seguida, Don Hernando, pide que vengan, en rehenes, todos los reyes vecinos y llegan Tetelepanquetzatzin, Cuitláhuac y otros muchos; el siguiente paso es que llame a todos los Señores Tributarios de la Alianza de Anáhuac a venir a jurar obediencia y reconocerse tributarios del Rey de España, Carlos V, su señor; y ante Pedro Hernández, y varios testigos, todos traen y aceptan pagar tributos, excepto uno de Pánuco, su pariente; no quiere pagar y huyó a los montes.

Cuauhpopoca, un señor de la costa de Veracruz, que mató a un español, es traído y juzgado por Cortés y quemado vivo con otros quince nobles a la vista de Moctezuma, al que ponen grillos. Se usa como combustible flechas de los depósitos imperiales y el infeliz monarca llora y da las gracias cuando le quitan los hierros infamantes.

En otra ocasión Cortés y sus capitanes querían obligar a Moctezuma a quitar sus ídolos de los templos y a suspender los sacrificios humanos, y sólo acepta que se haga un lugarcito junto a Huitzilopochtli para poner una virgen con flores y velas encendidas.

El descontento popular es intenso y, presumiblemente, no es igual el estado de ánimo del Emperador, porque Moctezuma se atreve a decir a Cortés que debía salirse de la ciudad de México y volverse a su país porque sus dioses aconsejaban a los tenochcas que mataran a todos los españoles.

Don Hernando reconocía tal necesidad, pero daba pretextos: no tenía barcos y había pocos carpinteros; Moctezuma le dio carpinteros y unos españoles fueron con ellos a Veracruz a fabricarlos. Los españoles llevaban la consigna de trabajar despacio.

Estaban en esas discusiones cuando se supo la llegada de Narváez, y ambos actuaron:

Moctezuma envió regalos.

Don Hernán Cortés dividió su escasa fuerza, entregó dinero a un fraile amigo y lo envió por delante a entrevistarse con los que llegaban; dictó instrucciones a Pedro de Alvarado y se encaró a su destino.

Ya sabemos cómo la intriga, el soborno (una práctica tan vieja como el

mundo) la amenaza velada o franca y sobre todo la capacidad indiscutible de Cortés, dio por resultado que el atrevido y valiente conquistador adquiriera más de mil soldados y Narváez quedara tuerto y además preso.

Mientras tanto en México tenían lugar muy importantes acontecimientos.

Durante mayo era el mes de Toxcatl y se verificaba una fiesta en el Templo Mayor; Alvarado concedió el permiso a condición de que los celebrantes *se presentasen desarmados*; por una falsa denuncia de los tlaxcaltecas, o por codicia, los españoles hicieron una horrible matanza de más de cuatrocientos nobles y muchos de sus familiares y robaron sus joyas; el pueblo se enfureció y atacó a los españoles que después de muchas fatigas volvieron a su cuartel, al cual pusieron sitio los indios que no obedecieron a Itzcuahtzin que pedía paz. Al conocerse el triunfo de Cortés suspendieron el ataque pero estrecharon el asedio y esperaron; mientras, ahondaron las acequias y las cortaduras de las calzadas, obstruyeron los caminos y edificaron baluartes.

Don Hernando se vio en apuros: suspendió la colonización de Pánuco y de Coatzacoalcos; pidió a los soldados de Narváez que olvidaran sus rencillas, que formaran en sus filas con ánimo y que los haría ricos. "Si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera ninguno." Esto pensó Bernal Díaz del Castillo pero no se lo dijo a nadie.

Don Hernando pidió ayuda a Tlaxcala y allí hizo *alarde*. Alarde es revista pero también es jactancia:

Disponía de 1,300 soldados a pie, 96 a caballo, 86 con ballesta y 86 con escopeta, en total 1,568 hombres.

Al llegar a Texcoco lo encontró abandonado y un aliado traidor, Ixtlixóchitl, le detuvo los últimos indios que se marchaban a México. No hubo fiesta, ni oro, ni nada. Entró a México-Tenochtitlan por el norte y no encontró ni un hombre en la calle.

Penetró al Palacio de Axayácatl fiero y sañudo y despreció a Moctezuma que quiso saludarlo y pidió informes a Pedro de Alvarado.

Colérico Cortés por la situación, maldecía de Moctezuma a quien llamaba perro y traidor; calmado por sus capitanes pero preocupado por la falta de alimentos, solicitó del Rey que mandara abrir el Tianquistli y éste, seguramente ya de acuerdo, pidió que saliera Cuitláhuac a conseguirlo.

De pronto llega un soldado informando que atacan los indios en multitud de escuadrones. Diego de Ordaz sale con cuatrocientos soldados a apaci-

guarlos sin guerra y sin ruido y por poco no vuelve ante la tenaz acometida de los aztecas que por todas partes lo persiguen.

Bernal Díaz del Castillo se admira de la bravura de los indios y asegura "que aunque tuviera allí con ellos diez mil Héctores troyanos y tantos Rol-danes" no los podrían contener y luego lo confirma "porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas en que se habían hallado entre cristianos y contra la artillería del Rey de Francia ni del gran Turco".

Las tropas españolas hacían salidas frecuentes; quemaban cuanto podían y volvían cansados a curar sus heridos y a enterrar a sus muertos. En una de estas salidas Cortés atacó el Templo Mayor y valerosamente subió sus 114 escalones, mataron muchos indios, quemaron los ídolos pero no encontraron la virgen que habían mandado poner. La llegada no interrumpida de nuevos escuadrones guerreros hizo que los españoles se retiraran a su cuartel, después de muy sensibles pérdidas de vidas.

Como el sitio se hacía cada vez más serio, Cortés y sus capitanes quieren que Moctezuma salga a la azotea a apaciguar a sus súbditos pero el Rey se niega. Bernal Díaz del Castillo pone en boca del Emperador estas palabras: "¿Qué quiere ya de mí Malinche, que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído?". Pero el Padre de la Merced y Cristóbal de Olid, con persuasiva insistencia lo convencen, pero dice: "Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida y así creo que todos vosotros habéis de morir".

Valentísimas palabras.

Moctezuma salió o lo sacaron a la azotea, pues algunos aseguran que para ese momento el Rey ya estaba muerto. Acercáronse los capitanes aztecas y dijeron a su Tlatoani cuánta pena tenían por su estado y el de sus familiares, que no podían dejar de pelear y que tan pronto como lograran su libertad volvería a ser su rey... Y se reanudó el ataque.

(Esto sucedía cuatro días después de que los españoles se subieron a la plataforma superior de su Templo Mayor y quemaron sus dioses.)

Siguieron los rudos ataques a los aposentos españoles y casi cada día Cortés enviaba mensajeros a los aztecas solicitando paces de que hacían burla los indios.

En una de tantas salidas Cortés y sus capitanes llegaron hasta Mazatzintamalco, casi en tierra firme, y cortaron jilotes y rastrojos de una milpa. Las puentes, informa Bernal Díaz del Castillo, estaban casi todas quebradas. *Error grave* fue no aprovechar esos días de fines de junio para evacuar la ciudad. Don Hernando no pensaba todavía en tal eventualidad.

Don Carlos Pereyra, siguiendo la pulida dicción del cultísimo Fraile Don Antonio de Solís, acepta como cierta una imaginada petición de paz como causa o motivo de ese fatal error.

Cuatro días después de la supuesta arenga de Moctezuma o de Itzcuahtzin, arrojados por sobre el pretil del terrado o conducidos por sus compañeros de cautiverio, sus cadáveres aparecieron sobre una tortuga de piedra.

Don Hernán Cortés ordenó informar a los indios, con una comisión de sus prisioneros, que en aquel lugar tenían a su Rey muerto por ellos mismos.

Don Manuel Orozco y Berra, termina el tercer tomo de su *Historia Antigua y de la Conquista de México*, p. 445, con estas muy graves palabras:

"No le pasó por las mientes (se refiere a Moctezuma), caso de que el sino no pudiera ser contrarrestado, esperarle con paz serena, desplegar la confianza tranquila y estoica que los guerreros indios saben mostrar en los crueles tormentos que sus enemigos les aplican. Ante los embates de la fortuna se doblegó como frágil caña: Ante la desgracia quedó fascinado como el pajarito ante la boca de la serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el Dios, perdió la energía; bajóse él mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano."

Don Carlos Pereyra, con menos disculpa que Moctezuma, fascinado también por la estatura de su héroe, Hernán Cortés, escribe: "Una leyenda indígena, recogida por autores castellanos, frailes algunos, hacen morir a Moctezuma apuñaleado por mandato de Cortés.

"Bien cotejados y puestos en claro todos los testimonios, podría en rigor decirse que no sabemos cómo murió Moctezuma; pero de ningún modo podemos afirmar que lo asesinaron los españoles. *Esto nadie podrá probarlo*". *Hernán Cortés*, Carlos Pereyra, p. 115. Ed. Sepan Cuántos, Porrúa, Méx.

Que lo asesinaron los españoles a puñaladas fue afirmado por el Padre Bernardino de Sahagún y un grupo de Sabios y Grandes Señores Aztecas. *Hist. General de las cosas de la Nueva España*, IV tomo, p. 48, Ed. de 1969.

Así pues, aceptando la trayectoria del Gran Tlatoani tenochca, pero to-

mando en su justo valor los pequeños pero claros parlamentos que Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular del trágico momento histórico, pone en boca de Moctezuma, cuando hacia el holocausto de su vida ante la oprobiosa presión de los conquistadores, al agudo punzar de las espadas, el Gran Tlatoani vindica con creces su nombre, pues obró ofuscado por la fatal coincidencia de las profecías de Quetzalcóatl y la llegada de los españoles.

Sin interrumpir las bravas y constantes acometidas sobre el Palacio de Axayácatl al cual trataban de destruir y quemar, los indios recogieron los cadáveres de sus reyes muertos y con un tanto de repugnancia condujeron a Moctezuma a Copulco en donde fue incinerado y a Itzcuahtzin a Cuauhxicolco en Tlatelolco, en donde se le hicieron grandes honores.

En esos momentos, de mediodía al caer la tarde, hicieron Cortés y sus capitanes su inútil salida hasta Mazatzintamalco, casi a la orilla del lago.

Y el ataque se reanudaba por veinte partes a la vez y Del Castillo asegura que oía claros los gritos de los indios: "Ahora pagaréis de verdad la muerte de nuestro Rey y el deshonor de nuestros dioses, y las paces que nos enviáis a pedir, salid acá y concertaremos cómo y de qué manera han de ser". Y en afirmación agrega Bernal Díaz: "Veíamos nuestra muerte a los ojos".

Pero el estado de las cosas llegó a tal grado que no se podía esperar más: faltaban alimentos y se terminaba la pólvora; estaban fatigados y los escuadrones indios se renovaban continuamente y crecían cada día de número. Y después de largas deliberaciones resolvieron salirse de la ciudad y dejar para mejor ocasión la conquista. Discutieron el modo y la hora de hacerlo: "Y para tratar de descuidarlos les mandamos a decir con un Papa (Sacerdote) y varios prisioneros que teníamos, que nos dejaran ir en paz de allí en ocho días y que les dejaríamos todo el oro"...

Decidieron salirse de noche, lloviznaba y el suelo estaba resbaloso. Reunió Don Hernando a todos: les hizo recomendaciones sobre el modo de proceder, juntos y sin ruido; cómo defenderse y matar sin piedad; y resuelto todo llamó a los representantes del rey: separaron el quinto del rey, Cortés tomó su quinto, también guardó lo que pertenecía a los que estaban en Veracruz y con la anuencia de los oficiales reales, repartió lo que quedaba. Los soldados de Narváez se cargaron de oro.

Se organizó la columna: 7 a 8,000 hombres: 1,300 eran españoles; de 8 mujeres, una era española, María de Estrada "que no teníamos otra mujer de Castilla, sino aquella". En la vanguardia Gonzalo de Sandoval, Antonio de Quiñones, Francisco de Saucedo, Diego de Ordaz y otros más; 200 soldados,

20 jinetes y 400 tlaxcaltecas con un puente para pasar las cortaduras del camino. En el centro Cortés, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, fardos a espaldas de los aliados tlaxcaltecas, el tesoro en 7 caballos heridos o cojos, Doña Marina, Doña Luisa, los hijos de Moctezuma (varones), Tecuichpo, que significa: Hija del Rey, llamada también Ichcaxóchitl (Copo o flor de algodón), que ya bautizada se llamó Doña Isabel. En la retaguardia Alvarado (Don Pedro) "El Tonatío", por su pelo rubio, Juan Velázquez de León, muchos soldados de Narváez a pie y los últimos de a caballo.

Comenzó la silenciosa marcha: se rodeó el Templo Mayor por el Coatepantli hasta la puerta del poniente: Acatl iyacapan (Punta de la caña), enfrente de la Calzada de Tlacopan. El Templo tenía sólo tres puertas: la del sur a Iztapalapa (Entrada del águila), a la que llamaban Cuauhquiyauc y la del norte a Tlatelolco y Tepeyac; Tezcacoa (Serpiente de espejos), y la primera nombrada.

Hay mucha anarquía sobre los nombres y la situación de las cortaduras de la Calzada de Tlacopan por donde huyeron los españoles (seguimos el Plano de Sahagún que se encuentra frente a la página 144 del IV tomo de la *Hist. Gral. de las Cosas de la Nueva España*, del P. Sahagún, Ed. Porrúa de 1969): En los primeros pasos sobre acequias dentro de la ciudad no hubo ninguna dificultad; al llegar a la orilla de la isla, "Tecpantzinco", donde está hoy el Correo y tenía entonces su casa Tecuichpo, la calzada estaba cortada; al ruido que se hizo para colocar el puente una mujer que recogía agua comenzó a gritar al mismo tiempo que el Teponaztle del Templo Mayor llamaba a la guerra y llegaron innúmeras legiones de indios a pie y en lanchas en una gritería tremenda jalaban el puente tratando de quitarlo para impedir el paso; con mil penalidades pasaron la primera y la segunda secciones de la columna cuando los aztecas lograron quebrarlo cayendo al agua tlaxcaltecas cargados con fardos y petacas y caballos hasta que se colmó la cortadura de la calzada; Alvarado, de la retaguardia, logró pasar, Juan Velázquez de León fue muerto a pocos pasos de allí; pero el extremo posterior de la columna: unos 80 españoles y muchos cientos de tlaxcaltecas tuvieron que devolverse y refugiarse en el cuartel (Palacio de Axayácatl), en el cual fueron paulatinamente exterminados.

Multitud de canoas (muchas especialmente preparadas para el combate acuático), iniciaron un enconado ataque a la columna; lloviznaba... y el ataque era doblemente desastroso porque la calzada, en esa parte, estaba construida en una fila de islotes y el ataque era desde las canoas y desde las azoteas de las casas. Los españoles apenas si podían defenderse con las lan-

zas y las espadas, pues la lluvia y la oscuridad dificultaban el uso de las escopetas.

Al llegar a la segunda cortadura "Tolteacalli", donde hoy está San Hipólito, ya no disponían de puente y aguantando el acoso de los flecheros aztecas; por el empuje de columna que avanzaba sin poderse detener, caballos y fardos, indios y españoles, fueron cayendo al agua hasta que la cortadura se colmó y pasaron los que pudieron.

Hernán Cortés afirmó que él ganó los dos últimos pasos a nado.

En el tercer paso Tolteacaalopan (Canal de los toltecas), frente a la bocacalle del Tívoli, hoy de Jesús Terán, también sin puente, Alvarado lo pasó por una viga que alguien pudo poner (no hubo tal salto); pero fue de los últimos.

Los que quedaban atrás llamaban clamorosamente pidiendo ayuda y Don Hernando acudió con algunos compañeros pero a poco andar encontró al Tonatío herido, a pie (pues le mataron su hermosa yegua alazana), acompañado por cuatro españoles y unos cuantos tlaxcaltecas, todos heridos. Al enterarse Cortés que atrás no quedaba nadie se desistió de su empeño y lloró por la muerte y pérdida de tantos compañeros.

En las puentes quedaron los hijos de Moctezuma: Doña Ana y Doña María, también Chimalpopoca; Cacamatzin, Rey de Texcoco y un hermano suyo, así como otros príncipes prisioneros. Se salvaron Doña Marina, Doña Luisa (Hija de Xicotécatl) dada como mujer a Juan Velázquez de León, que quedó muerto en la calzada. La española María Estrada también salvó la vida.

Tecuichpo (Ixcax-óchtli: Copo de Algodón) apareció después entre los tenochcas.

Todavía de noche y ya en tierra firme, bajo el tenaz acoso de los flecheros indios, fue muerto Tlaltecatzin, otro hijo de Moctezuma, que peleaba a favor de Cortés. Antes de amanecer encontraron protección y descanso en un pequeño teocalli. A la luz débil del amanecer huyeron en dirección del norte. Los guiaban oficiales de Tlaxcala.

Era el 1º de julio de 1520.

¿Cómo podremos llamar a aquella noche trágica, horrible, plena de luchas, llena de lágrimas, saturada de gritos de guerra y de cantos de triunfo?

¿La Noche Triste?

¿La Noche de la Victoria?

¿La anunciación de una nueva nacionalidad?

#### BIBLIOGRAFÍA

- Historia de la Conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo.  
*Hernán Cortés*, Carlos Pereyra.  
*Historia de la Conquista de México*, Fray Antonio de Solís.  
*Historia General de las Cosas de la Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún.  
*México Viejo. 1521-1581*, Luis González Obregón.  
*Historia Antigua de la Conquista de México*, Manuel Orozco y Berra.  
*Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, Fray Diego Durán.

El origen del actual Municipio de San Nicolás de los Garzas se remonta a los últimos años del siglo XVI.

Consumada la fundación de la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, el 20 de septiembre de 1596, por el Capitán Diego de Montemayor, hizo éste poco después el reparto de tierras a los primeros pobladores, como lo estipulaban las Reales Ordenanzas.

El 3 de febrero de 1597, el Escudero Diego Díaz de Berlanga, que fue quien redactó la carta de fundación de Monterrey, solicitó a Diego de Montemayor, entre otras mercedes, cuatro caballerías de tierra y un sitio de ganado mayor al norte de la ciudad. El mismo día le fueron otorgadas.

De dicha petición se deduce que la merced ya se le había concedido a Díaz de Berlanga, aunque quizá sólo verbalmente, para asientar: "me halló en posesión de cuatro caballerías de tierra, que en nombre de Su Majestad me auto concedió se repartieron las tierras a todos los vecinos de esta ciudad". En el asiento se dice: "Y como estas dichas tierras por escritura de la estancia que dice de Santo Domingo (en dicho) lugar de..."

La caballería de tierra que se le concedió a Díaz de Berlanga, consistió en 79 fanegas y 25 cahises. Un día de ganado mayor era 1,250 fanegas. El sitio de ganado mayor que se le concedió a Díaz de Berlanga...